

# **Territorio y economía civil**

## **Reflexiones humanistas**

Gabriel Alexander Solórzano Hernández

John Jaime Bustamante Arango

Luis Alberto Castrillón-López

**Compiladores**

300

Solórzano Hernández, Gabriel Alexander, compilador  
Territorio y economía civil. Reflexiones humanistas /  
Gabriel Alexander Solórzano Hernández, John Jaime  
Bustamante Arango y Luis Alberto Castrillón López, compiladores  
--1 edición-- Medellín: UPB. 2023 -- 220 páginas.  
ISBN: 978-628-500-090-4 (versión digital)

1. Humanismo 2. Economía Civil 3. Comportamientos urbanos

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Gabriel Alexander Solórzano Hernández      © John Jaime Bustamante Arango  
© Iván-Darío Toro-Jaramillo                      © María Florencia Guidobono  
© Ana Elena Builes-Vélez                         © Catherine Jaillier Castrillón  
© Leidy Diana Vargas                                © Luis Fernando Ramírez  
© María Clara Ramírez                              © Luis Alberto Castrillón-López  
© Gustavo Adolfo Pineda Rojas                 © Carlos Alberto Sampedro  
© Jorge Andrés Rico                                 © Antonio García Garcimartin  
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

**Territorio y economía civil. Reflexiones humanistas**

ISBN: 978-628-500-090-4 (versión digital)

Primera edición, 2023

Escuela de Ciencias Sociales

Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

CIDI. Grupo de investigación *Epimeleia*. Proyecto: Acontecimiento y sentido: desafíos del cuidado de la vida en los contextos de vulnerabilidad. Radicado: 742C-07/22-14

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano de la Escuela de Ciencias Sociales:** Omar Muñoz Sánchez

**Decano de la Escuela de Filosofía, Teología y Humanidades:** Johman Carvajal Godoy

**Coordinadora (e) editorial:** Maricela Gómez Vargas

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Juan Guillermo Bedoya

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín-Colombia

**Radicado:** 2254-13-03-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

# El humanismo en la construcción y consolidación de la nación, el territorio y la identidad colombiana

*Jorge Andrés Rico Zapata\**

## Resumen

El presente artículo propone la revisión a un asunto que es de importancia para la realidad social, cultural, política y humana en el caso colombiano, como es la construcción y consolidación de la nación, el territorio y la identidad colombiana desde la interacción que el humanismo brinda para ser mediador de tal proceso. Por su parte, el territorio se fortalece desde los conectores identitarios que se han construido a partir de las propias vivencias de las sociedades, aunque la identidad de la sociedad está permeada por diferentes narrativas e interpretaciones que desdibujan los avances humanos de la sociedad, en este caso la colombiana. La identidad

---

\* Candidato a doctor en Filosofía y Magíster en Estudios Políticos de UPB. Comunicador Social de la Universidad Católica Luis Amigó. Docente de pregrado y postgrado. Investigador miembro del grupo de Investigación Urbanitas y Líder de la Línea en Publicidad Social de la Universidad Católica Luis Amigó. Integrante del Grupo estudios políticos de la UPB. Este artículo hace parte del proyecto de investigación Publicidad y Comunicación. Construcción de la identidad cultural en la zona norte de Antioquia. Caso San Pedro de los Milagros, de la Universidad Católica Luis Amigó en la línea de Publicidad Social. <https://orcid.org/0000-0003-4822-4591>

Correos electrónicos [andresricocp@gmail.com](mailto:andresricocp@gmail.com) [jorge.ricoza@amigo.edu.co](mailto:jorge.ricoza@amigo.edu.co)  
[jorgeandres.rico@upb.edu.co](mailto:jorgeandres.rico@upb.edu.co)

y la nación se articulan en la comprensión de cada ser humano, en sus necesidades, vulnerabilidades, responsabilidades y aportes a la sociedad. Por lo cual se propone que la nación sea entendida como un catalizador que afilia la voluntad de pertenencia a una colectividad, la cual incorpora las diferencias culturales, religiosas, políticas y étnicas en favor de consolidar una asociación humana. Es esencial comprender que el humanismo se convierte en un asunto que permite afianzar la idea de identidad y de nación porque cumple con el objetivo de discutir sobre las necesidades y responsabilidades que tiene quien desea convivir en colectividad. Y aunque muy factiblemente la sociedad se deja confundir con discursos desestabilizadores que condicionan o resumen la historia en la violencia como factor identitario para el caso de Colombia, no es ésta una sociedad netamente violenta como elemento único identitario.

#### **Palabras clave**

Identidad nacional, Conflicto cultural, Conflicto social, País en desarrollo, Cultura contemporánea.

## Introducción

La humanidad, desde sus orígenes, ha buscado la manera más propicia para conducir su actuar y propender por establecerse en el mundo con el objetivo de generar bienestar y mayor control de su propia vida, en ocasiones desde la cooperativización y otras desde la confrontación. Esto se ha visto reflejado en conflictos violentos, guerras y enfrentamientos que, como situaciones límites para el ser humano, han derivado, a su vez, en posibilidades de desarrollo, crecimiento y sobre todo aprendizajes que demuestran la importancia del humanismo como un eje central en la cimentación de la sociedad.

Si bien la lectura y revisión de las propuestas humanistas en el mundo son diferentes a partir de la idea occidental, es posible tomar como ciertos algunos elementos claves que sirvan para el caso colombiano, y así establecer que el humanismo es necesario para la construcción y consolidación de la nación, el territorio y la identidad colombiana.

Los momentos críticos del ser humano en su historia, como la guerra, las enfermedades, las migraciones y otras que han condicionado su comportamiento, presente y futuro en la sociedad, han sido relevantes porque conllevaron a cambios para la condición humana, «los hombres son seres condicionados, ya que todas las cosas con las que entran en contacto se convierten de inmediato en una condición de su existencia» (Arendt, 1958, p. 25).

El papel del humanismo es requerido desde la idea que propone la profesora ganadora del premio Nacional de Humanidades 2011 en Chile, Carla Cordua (2013), en la que el «ser humano es ser histórico-cultural de parte en parte» (p. 14). El humanismo es dejar en el centro al ser humano atendiendo a las múltiples aristas que presenta la contemporaneidad, en cuanto a retos, avances, confrontaciones, violencias y tratando de no alejarse del estudio y análisis de la realidad. Cada situación que ha impactado en la condición humana también ha contribuido al entendimiento, visión y forma de adaptarse a diversos factores del modelo estatal y social, y dos aspectos fundamentales son la construcción y consolidación de la nación, el territorio y la identidad colombiana.

En esencia, el presente artículo propone el humanismo como elemento necesario para la construcción y consolidación de la nación, el territorio y la identidad colombiana, y para se plantean tres momentos: es necesario establecer en primer lugar la comprensión conceptual y práctica de territorio, nación e identidad desde una revisión transversal con el humanismo; posteriormente, se hace una lectura al caso colombiano en cuanto a la interacción del humanismo, el territorio, la nación y la identidad y, por último, se brindan algunas reflexiones a modo de conclusión.

La construcción del texto se ha realizado a partir del uso del fichaje para recoger información, en cuanto a lectura y escritura, identificando textos clave y analizando su información para consolidar una reflexión sobre el tema que promueva la discusión sobre los elementos vinculados en el capítulo.

## Territorio y humanismo

El humanismo como asunto central y transversal para la construcción y consolidación de la nación, el territorio y la identidad colombiana pone en el centro al ser humano, más allá de premisas religiosas o de ideales construidos por sectores sociales, dando cabida a propuestas en el marco de los derechos humanos y la dignidad humana para la búsqueda constante del bienestar de la sociedad, pero teniendo en cuenta que ese humanismo requiere sumar el reconocimiento a los valores, las características, debilidades, fortalezas, derechos, deberes y responsabilidades de las personas que hacen parte de un Estado.

Yuval Noah Harari (2016) habla de fracasos que aún están presentes en la humanidad, que son notables, como el hambre, la peste y la guerra (p.31). De hecho, al hablar de lo humano y del humanismo, se busca dar reconocimiento a la historia, a lo vivido y a las diferentes narrativas que se dan y que construyen o deconstruyen la formación de un territorio.

El humanismo trae en sí la relevancia del ser humano y lo responsabiliza de su interacción con la cultura, con y en las instituciones, y de sus propios actos ante la sociedad. El humanismo, en su papel de consolidación de la nación, el territorio y la identidad rechaza aquellos sucesos despóticos que se dan en las organizaciones, entidades y empresas, donde el humanismo se convierte en un solo discurso y no actuación de hecho. El humanismo se preocupa por la empatía, las relaciones, el conocimiento y la formación de la persona. Esa preocupación en sí es por ser humano, como indica Heidegger (2000):

¿qué otra cosa significa esto, sino que el hombre (*homo*) se torna humano (*humanus*)? Pero en este caso, la *humanitas* sigue siendo la meta de un pensar de este tipo, porque eso es el humanismo: meditar y cuidarse de que el hombre sea humano en lugar de no-humano, ‘inhumano’, esto es, ajeno a su esencia. Pero ¿en qué consiste la humanidad del hombre? Reside en su esencia. (p. 21)

Lo inhumano es un componente constante en las sociedades debilitadas por situaciones límites de violencia, guerra, y conflictos armados; se naturalizan comportamientos que no deben estar vistos como naturales. La idea de humanismo es innata a creer que «el *homo humanus* se opone al *homo barbarus*» (Heidegger, 2000, p. 21) y esto se ha dado a partir del aprendizaje sobre los problemas que han hecho parte de la vida humana y de la idea creada sobre el territorio y su pertenencia a este.

Por tal motivo es fundamental comprender que el humanismo aparece en cohesión con la nación, el territorio y la identidad debido a su eje central de proponer comprensión de las diferencias del ser humano, y de las responsabilidades que debe tener éste para vivir en colectividad, tratando de aportar a la configuración de parámetros sociales que contribuyan a revisar el pasado y analizar el presente sin querer imponer manifiestos que destruyan las ideas, los procesos y los avances, y que se comprenda que en el pasado, en muchas ocasiones y sin justificar al ser humano, estos «no eran conscientes de las consecuencias de sus actos» (Harari, 2016, p. 96), lo cual exige que contemporáneamente se tenga mayor apropiación de lo que va en contra de la dignidad humana. Un asunto relevante es el territorio como centro de disputa no solo geopolítica y geoestratégicamente, sino como foco de debilidad para el fortalecimiento de la identidad humana.

Por lo anterior, consolidar, fortificar y delimitar el territorio es uno de los elementos que tiene el Estado, y esto desde las diferentes acciones que históricamente han propuesto las civilizaciones permitió tener un espacio vital, un lugar de abastecimiento y un centro de su desarrollo humano. Sin duda, para comprender el territorio desde su adhesión como un aspecto necesario en la nación y el Estado se requiere tener en cuenta la identidad como un *ethos* vinculante e integrar factores de pertenencia, y un camino para esto es el humanismo.

Un rasgo importante del territorio es que sigue siendo fundamental en el orden sociopolítico contemporáneo, porque en él no solo se ubican las ideas de desarrollo y crecimiento de una sociedad desde los aspectos ideales como valores, emociones y sentimientos, sino

que «la ubicación de determinados recursos naturales —petróleo y gas natural, otros recursos minerales, agua para la agricultura o el consumo humano— confiere todavía al control estatal sobre el espacio físico un valor político que no puede ser ignorado» (Vallés, Martí i Puig, 2015, p. 157). Esto quiere decir que la consolidación del territorio es un entramado de asuntos que deben sincronizarse para generar fortalecimiento desde lo social, político, económico, cultural, psicológico y militar.

Para el reconocimiento del territorio como un aspecto fundamental para la sociedad ha primado la lucha por el mismo, y como consecuencia se han dado en diferentes momentos confrontaciones para la búsqueda de soberanía territorial, como las guerras entre Estados, o al interior de los Estados (guerras civiles), también las guerras de independencia y los conflictos armados contemporáneos entre Estados y estructuras armadas ilegales no estatales. No se puede dejar a un lado las antiguas civilizaciones en zonas de oriente próximo y medio, en occidente y en general en el mundo, donde el territorio y su control significaba anular o detener las posibilidades de acciones en contra y continuar su legado desde la seguridad que generaba la intervención del territorio y su población:

Lo que ha convertido al mundo en un lugar más seguro es la propia guerra [...]. La explicación es que hará unos diez mil años, en ciertas partes del mundo, los ganadores de las guerras empezaron a incorporar a los perdedores en sociedades cada vez mayores; este mecanismo se replicó por todo el planeta. La única forma de que las sociedades más grandes funcionaran consistía en que los gobernantes construyeran instituciones más fuertes, y una de las primeras tareas que dichos gobiernos debían emprender, si querían conservar el poder, era suprimir la violencia en el seno de su propia sociedad. (Morris, 2017, p. 20)

Significa que el territorio ha sido punto de encuentro para estimular objetivos de sociedad como lograr mantener el territorio mismo. Esta sociedad, bajo un direccionamiento o gobierno que intercambiaba seguridad por impuestos y como tal «la consecuencia



accidental, sin embargo, fue que las tasas de muertes violentas descendieron casi un 90 por ciento entre la Edad de Piedra y el siglo XX» (Morris, 2017, p. 20). Esto no quiere decir que se desconozca la violencia y sus consecuencias en el mundo y en la humanidad, lo que se busca es dejar establecido el papel del territorio en la historia y ante la cambiante situación humana de los territorios, desde la búsqueda de seguridad de las sociedades.

Esa importancia del territorio como espacio vital del ser humano se puede observar en casos donde se disputa el acceso y habitabilidad de un espacio. Aunque estas disputas territoriales pueden ser por intereses de orden estratégico y geopolítico de algunos actores, también hay otras disputas que «responden a las reivindicaciones de un grupo nacional que reclama la posesión de un espacio perdido» (Vallés, Martí i Puig, 2015, p. 157). La idea de un territorio que sea el espacio para el desarrollo de la idea de Estado-Nación es apoyada por la identidad y la cultura como elementos que se interconectan.

## Nación, identidad y humanismo

El territorio se fortalece desde los conectores identitarios que se han construido a partir de las propias vivencias de las sociedades. Esa conexión entre factores identitarios crea la nación o una idea de ésta, la cual contribuye a que el Estado pueda ser más fuerte desde la consolidación de sus características como un agrupador de ciudadanos, bajo derechos, deberes, necesidades, objetivos y posibilidades de bienestar para su población.

Si bien cada sociedad se construye desde diferentes formas de verse a sí misma, entendiendo su pasado, su presente y sus posibilidades o prospectivas, no todas las sociedades configuran el establecimiento de una nación sólida en su territorio. En ocasiones, la identidad de la sociedad está permeada por diferentes narrativas, interpretaciones, omisiones o discusiones que no se conectan con las posibilidades de crear nación, porque solo estimulan las ideologías o los intereses políticos. Es el caso de una ciudad, la cual...

La configuran personas, dentro de las fronteras de las posibilidades que esto ofrece y, por tanto, tiene una identidad distintiva, que consiste en mucho más que una aglomeración de edificios. Clima, topografía y arquitectura forman parte que lo que crea esa distinción, igual que sus orígenes [...]. Algunas ciudades tienen su origen en la estrategia militar, o en el arte de gobernar. (Sudjic, 2017, p. 11)

Las posibilidades de reconocer el pasado y las transformaciones de los territorios crea un factor revitalizador de la nación, entendida como un catalizador que integra la voluntad de pertenencia a una colectividad que integra las diferencias culturales, religiosas, políticas, étnicas, a favor de consolidar una asociación humana, «la delimitación de unas señas de identidad colectiva permite a unas comunidades afirmarse frente a otras» (Vallés, Martí i Puig, 2015, p. 147), y estas señas de identidad no son exclusiones a las diferencias, sino la posibilidad de comprender que para vivir en común en un territorio se puede creer en ese lugar, en ese contexto, se respeta y se apoya desde el valor de la patria como un integrador social.

Es que el patriotismo permite conjugar la idea de identidad y nación para el territorio y su consolidación en el Estado; tiene en cuenta que hay retos constantes a los países, poblaciones y áreas poblacionales, y no romantiza la idea de protección del territorio, porque tiene en cuenta que es un equilibrio entre necesidades propias y externas. La identidad se construye en la sociedad que, desde la patria, visualiza las responsabilidades, normas y derechos para convivir en grupo. Es, sin duda, un modo de entender que para «los pueblos que buscan su identidad y reinventan la etnicidad, los enemigos son esenciales, y las enemistades potencialmente más peligrosas» (Huntington, 1997, p. 20) y, por consiguiente, afianzar el modelo de identidad en la nación se convierte en una forma de fortaleza ante los enemigos de la sociedad. El patriotismo como asunto de consolidación de la identidad

Es esencialmente retórico; busca resucitar, fortalecer y dirigir las pasiones de un pueblo con una identidad cultural e histórica específicas, más que obtener la aceptación por parte de agentes racionales

impersonales. Se esfuerza por reforzar vínculos tales como amor a las libertades comunes de un pueblo, que son particularistas como el amor o el orgullo de la tradición cultural o el destino compartido de un pueblo [...]. Trabaja sobre los vínculos de solidaridad y de fraternidad que intenta convertir en fuerzas que sostienen la libertad en lugar de fomentar la exclusión o la agresión. (Viroli, 2015, p. 24)

El territorio se fortalece con la simple idea del sentirse de *aquí*. La identidad y la nación se unen en la comprensión identitaria de cada ser humano, en sus necesidades, vulnerabilidades, responsabilidades y aportes a la sociedad. El humanismo, en este caso, se convierte en un asunto que permite afianzar la idea de identidad y de nación porque cumple con el objetivo de discutir sobre las necesidades y responsabilidades que tiene quien desea convivir en colectividad.

No todo aquello que cumpla con la idea de nación en un territorio definido es o se convierte en Estado. Y aunque en ese contexto cultural se den referentes identitarios, desde la composición jurídica, normativa, política y estatal puede faltar el integrador: el Estado, el cual crea un orden social, y como indica Hans Kelsen (1986):

La función de todo orden social —y la sociedad no es más que un ordenamiento de las relaciones recíprocas entre individuos— es provocar cierta conducta recíproca entre individuos, inducirlos a abstenerse de ciertos actos que, por cualquier razón, se consideren perjudiciales a la sociedad y a realizar otros, considerados de utilidad para ella. (p. 27)

El orden social requiere de compromisos entre los sectores de la sociedad, y de las instituciones para generar un equilibrio entre libertad individual y responsabilidad ante la colectividad. La identidad puede crear nación y ésta a su vez fortalecer la identidad.

La idea de ‘identidad’ nació de la crisis de pertenencia y del esfuerzo que desencadenó para salvar el abismo existente entre el ‘debería’ y el ‘es’, para elevar la realidad a los modelos establecidos que la idea

establecía, para rehacer la realidad a imagen y semejanza de la idea.  
(Bauman, 2005, p. 24)

Entre la idea y la realidad de la nación se integra el sentir humano por pertenecer, a quien realmente le enaltece y siente su patria y su territorio. E igualmente, a quienes no les interesa más que su bienestar, desconociendo la historia, los propósitos y los acuerdos de un territorio, la idea de nación es diferente, por lo cual su identidad se difumina, su humanidad se descompone. Es lo que Yuval Noah Harari (2018) ha indicado sobre «el intento de sustituir grupos pequeños de personas que de verdad se desconocen entre sí con comunidades imaginadas de naciones y partidos políticos nunca será un éxito rotundo» (p. 109). La destrucción de la nación o la no consolidación de ésta llevará tarde o temprano a choques entre la comunidad de un territorio.

Es posible pensar que el humanismo puede apaciguar ciertos impulsos de confrontación de la sociedad en los territorios, siempre y cuando se den unos mínimos actos que sean tratables desde las posibilidades del apego a lo civilitario. Pero ante momentos extremos de violencia, de conflicto armado, de guerra, de intereses y búsqueda de supremacía el humanismo será un conductor del llamado a humanizar el escenario, y actuará mejor en fases posteriores: en las fases donde la enseñanza es indudable y se requiere que no se repita aquello que denigró la dignidad humana.

En contra de la nación, la identidad y la consolidación del territorio está la violencia y el desorden de los violentos, porque en contextos de constante conflicto armado, por ejemplo,

Surge una dinámica de odio, comparable con el dilema de la seguridad en las relaciones internacionales, en el que los temores, desconfianza y odio mutuos se alimentan entre sí. Cada bando exagera y magnifica la distinción entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, y al final intenta transformarla en la distinción última entre los vivos y los muertos. (Huntington, 1997, p. 319)

Una sociedad que ha visto en riesgo su humanidad desde la inseguridad en diversos factores, y que no logra concretar cuál es su valor o característica identitaria como unidad, mantiene ciertos complejos de comprensión sobre cuál es la forma más pertinente para lograr salir de tales riesgos. Se deja confundir fácilmente con discursos desestabilizadores que condicionan o resumen la historia en la violencia como factor identitario, «el fenómeno humanista gana atención hoy sobre todo porque recuerda —aun de modo velado y confuso— que en la alta cultura, los seres humanos son cautivados constantemente» (Sloterdijk, s.f., p. 5). Esa constante referencia para cautivar es en lo contemporáneo más notable, a partir de las formas creadas por la tecnología, la inteligencia artificial y la masificación de las herramientas de autocomunicación de masas, en donde las narrativas se multiplican y se accede más fácil desde la emocionalidad a la tergiversación de la realidad del territorio.

El humanismo se ubica en el centro del relacionamiento entre personas que discuten su idea de identidad, su entendimiento sobre la nación y el territorio. Se convierte, en ocasiones, en una parte de la opinión pública, donde se desprende de lo privado y se une a lo colectivo para tratar de modelarse como formas de integración o de institucionalización de las ideas de identidad de ciertos sectores de la sociedad en lo que a su vez

[...] dicha opinión es la institución y autorización de la apertura de lo ente en la objetivación incondicionada de todo, y estas, como procedentes del dominio de la subjetividad, están condicionadas metafísicamente. Por eso, el lenguaje cae al servicio de la mediación de las vías de comunicación por las que se extiende la objetivación a modo de acceso uniforme de todos a todo, pasando por encima de cualquier límite. Así es como cae el lenguaje bajo la dictadura de la opinión pública. Esta decide de antemano qué es comprensible y qué es desechable por incomprensible. (Heidegger, 2000, p.18)

Lo importante en las discusiones sobre territorio, nación e identidad es mantener el humanismo como un componente central, entendiéndolo como la puesta en común de las realidades del ser

humano, sin descartar las posibilidades reales de los países en su sentir y hacer económico, político, social, cultural. Desde el humanismo se puede pensar en la necesidad de comprender la identidad como un asunto vital para el desarrollo y fortalecimiento de los territorios.

## El contexto colombiano en cuanto a la interacción del humanismo, el territorio, la nación y la identidad

La identidad de una nación, y la forma de verla ha cambiado y, de hecho, la identidad colectiva en la sociedad es cada vez más débil desde la constante fluctuación entre ideas e historias propias y sus interpretaciones en un orden globalizado y cargado de narrativas. Esto puede ser integrado desde el papel de la globalización y las agendas globalistas que nacen de ideas tal vez minoritarias y que pueden tratar de buscar cambios autoritaristas en complejos núcleos sociales que no se han logrado solidificar, como es el asunto colombiano.

Dice el profesor Mauricio García Villegas en su texto *El país de las emociones tristes. Una explicación de los pesares de Colombia, desde las emociones, las furias y los odios* que «cada nación tiene un particular conjunto de costumbres y cada cual tiene algunas cualidades que son más frecuentes o más escasas que en sus vecinos» (2021, p. 113).

A su vez, en el caso colombiano se habla de una generalización en la cual el único o más grande factor conector e identificable, es el de una sociedad violenta. Ha sido una discusión que en ocasiones sirve para entablar propuestas y tesis de esto como causa del conflicto armado colombiano en el territorio, a lo cual, en medio de esa globalización y procesos de construcción externa de identidad, se ha tratado de categorizar este contexto como uno que solo se ha formado desde la violencia, y que termina siendo el único aspecto identificable.

Es cierto que las sociedades crecen con miedo. El territorio se ve desde tal sentimiento y se traslada a cada idea y construcción identitaria.

Como un sentimiento humano, el miedo se vuelve un catalizador de actuaciones que se vinculan al territorio, la nación y la identidad, por lo cual es fácil que un discurso superfluo pueda resumir la historia como un problema de carácter violento en las personas o en las naciones. Cada momento histórico de violencia se le acuña a un *todos*. Y cuando el miedo se da como una forma de vida y

Quando las personas se temen unas a otras, y temen lo que les depara un futuro desconocido, el miedo las lleva fácilmente a culpar a unos cabezas de turco, a fantasear con venganzas y a que cunda una tóxica envidia de la suerte de los afortunados (ya sean estos los vencedores de unas elecciones o aquellas personas u organizaciones que ejercen el dominio social y económico). Todos recordamos aquella frase de Franklin Delano Roosevelt: 'no tenemos nada que temer más que el miedo en sí'. Hace poco oímos al expresidente Obama decir, a su salida de la Casa Blanca, que la democracia puede venirse abajo si nos rendimos al miedo. (Nussbaum, 2019, p. 27)

El miedo o la esperanza se convierten en conectores o desvinculantes de identidad, constructores o destructores de nación y fortalecedores o debilitadores de territorio. Colombia ha desarrollado un sinnúmero de ideas desde intelectuales, escritores, periodistas o diversos agentes masificadores de narrativas, que han aprovechado la violencia y, así mismo, la condicionan a un *todo* como vinculante para definir la identidad colombiana. Un ejemplo a lo anterior es el escritor Fernando Vallejo, quien indicara que «Colombia es un desastre sin remedio. Mátame a todos los de las FARC, a los paramilitares, los curas, los narcos y los políticos, y el mal sigue: quedan los colombianos» (cit. Posada, 2006, pp. 27-28).

No es que se desconozca el proceso violento del país en cada época y tampoco el conflicto armado interno contemporáneo. Lo que se requiere reflexionar es la generalización de un orden netamente violento y totalitarizante en la sociedad colombiana, como un factor que no ha servido para dar claridad a la identidad y a la nación. Puede que se deba desde el humanismo continuar con la tarea de preguntar sobre ¿cuál es la identidad del ciudadano de Colombia? y

¿cómo se construye nación y se fortalece el territorio? No son preguntas que deban ser tomadas a la ligera, porque hacerlo conllevará a las mismas respuestas de una identidad netamente violenta.

El trabajo del historiador Eduardo Posada Carbó, *La Nación soñada*, toma algunas otras frases y oraciones que se han emitido por parte de masificadores de opinión, y que dan cuenta que «las épocas de violencia [...] han sido mucho más fértiles (para la cultura) que las de tranquilidad» (Caballero cit. Posada, 2006, p. 27). Entre lo que el historiador recopila, se encuentran las ideas de:

Myriam Jimeno Santoyo (antropóloga científica) le ha llamado con acierto el *discurso erudito*, para señalar ese lenguaje predominante de quienes insisten en imputar ‘los actos de violencia’ a un rasgo de la identidad nacional [...] en otras ocasiones sólo se dice que somos una ‘sociedad enferma’, ‘moralmente enferma’, según el (ex) arzobispo de Bucaramanga, monseñor Víctor Manuel López Fore-ro, y, en palabras de Salud Hernández-Mora, también ‘pestilente’ [...] Hasta los desastres naturales se interpretan como un castigo por nuestra supuesta antropofagia. Frente a la tragedia que sufrió la zona del Quindío con el terremoto de 1999, Héctor Rincón (periodista colombiano) se lamentaba de que ‘cuando no somos nosotros los que nos canalizábamos, es el dios de los colombianos el que quizá nos está recordando que lo merecemos’ [...] Héctor Abad Faciolince se lamenta de ‘la podredumbre y al hipocresía de nuestras gentes’, de ‘nuestra pobre calidad humana’, en otra franca manifestación sin ilusiones sobre una realidad donde ‘...triunfa lo peor, al mismo tiempo que lo mejor de nosotros se va’. Lo único que nos esperaríamos entonces parece ser ‘el desbarrancadero por el que se va despeñando el país’. ‘Qué vergüenza pertenecer a esta sociedad; estar aquí incrustado’ es la sensación de Alberto Aguirre (periodista antioqueño, exiliado en los 80) [...] Hasta se niega que existamos como nación. Así lo sugiere Orlando Mejía Vallejo, al interrogarse si ¿existe acaso... algo que sea la colombianidad? (cit. Posada, 2006, pp. 27 - 31)



Es un trabajo que plantea una realidad y a su vez una fatalidad que no permite completamente el reconocimiento de una nación que también tiene sectores sociales que se construyen desde su propia humanidad, su esfuerzo y esperanza. Esa criminalización de la identidad colombiana genera un revisionismo corto al problema de la violencia colombiana e inmediatamente deja a un lado el rigor que se requiere para analizar la historia social, política, económica y cultural, para simplemente calificar. Así se desplaza al humanismo que debe estar presente para reconocer que Colombia requiere no restar responsabilidades a los violentos con la extrema generalización.

La débil idea de identidad en la nación colombiana repercute en su territorio. El espacio físico, que sigue requiriendo de una mirada y tratamiento más preciso desde el Estado para ocuparlo integralmente, también supone que deba hacerlo desde la incidencia psicológica que deja en los territorios donde ha primado la violencia, así como en aquellos donde predomina cierta tranquilidad. Como lo menciona Víctor Frankl en su texto *El hombre en busca de sentido* (2019) al revisar algunos asuntos dados en los campos de concentración nazi, cuyos espacios inhumanos permitían reconocer que había causas físicas y psicológicas para los prisioneros que eran obligados a vivir en dichos campos, porque se transformaba su identidad en «complejos. La mayoría de los prisioneros sufrían una especie de complejo de inferioridad» (p. 92). La inferioridad es una causa y consecuencia de una débil identidad y no permite la solidificación de la nación y del territorio.

En esas ideas que llevan a cierta inferioridad, Posada Carbó indica que «esos retratos de la violencia no deben confundirse con la identidad nacional, como si ellos fuesen apenas el espejo fiel de la misma personalidad supuestamente bárbara de los colombianos» y si bien a su vez, como menciona Bauman en su texto *La globalización. Consecuencias Humanas*, «una cosa que está fuera del alcance incluso de los más experimentados y lúcidos maestros del arte de la elección es la sociedad en la cual se nace; por eso, nos guste o no, todos estamos de viaje» (2006, p.113).

El profesor García Villegas (2021) concibe tres elementos que son centrales para la discusión sobre humanismo, territorio, nación e identidad en el caso colombiano: la cultura, la identidad cultural y los arreglos emocionales. La cultura vista como la manera de ver la realidad social, y la cual es compartida por miembros de un determinado grupo social.

Cada pueblo, se imagina su mundo, entiende su pasado, concibe su porvenir y define los patrones básicos de comportamiento, con sus deberes y derechos, su frontera entre lo público y lo privado, sus modelos de héroe y de villano, su concepción del bien y del mal y todo el resto del catálogo de valores y principios, prejuicios, etc. que componen el imaginario social. (p. 119)

Sigue García Villegas definiendo la identidad cultural como «resultado de la combinación, en un momento específico de la historia de un país, de las emociones, sentidas como un fenómeno colectivo y en tonalidades diversas por los individuos» (2021, p. 119) y los arreglos emocionales...

dominantes en un país no son algo así como la decisión libre y agregada de todos los individuos que componen un país. Están atados a condiciones que los sociólogos llaman a veces estructurales como es la geografía, el clima, la herencia histórica y política, el desarrollo económico. Estas condiciones son, para comparar con los individuos, algo así como su parte innata; no son los genes que hereda por la sangre, sino los memes que lo constituyen por el sitio donde nació. (2021, p. 119)

La forma de leer o tratar de acercarse a la historia de Colombia crea o tergiversa las comprensiones en la construcción de nación y territorio, al tiempo que anula las posibilidades de reconocer el pasado más allá de emociones coyunturales que pueden estar dadas en momentos de crisis en el país. Es el momento donde surgen oportunismos políticos, sociales y culturales llevados a cabo desde la narrativa y el discurso populista.

Y es que «causa especial preocupación la interrupción progresiva de las comunicaciones entre las élites cada vez más globales y extraterritoriales y el resto de la población, que está localizada» (Bauman, 2006, p. 9). Como consecuencia, las revisiones históricas pasan a ser ideológicas y no interpretativas o que permitan narrativas articuladas, y lo que se buscará es forzar de manera constante la identidad de una sociedad como la colombiana, para que pueda ser apetecida, satisfacer el consumo y el espectáculo, más que por la razón y la argumentación, que no generan la misma marea de seguidores y público.

Gabriel García Márquez manifestaba que «la novela de la violencia era la única explosión literaria de legítimo carácter nacional que hemos tenido en nuestra historia» (cit. Posada, 2006) y, por supuesto, la globalización y la debilidad en la misma identidad humana ha permitido que limitarse a las creaciones narrativas de esta índole, y que se prioricen en el consumo regional e internacional, conlleva a una superficial visión del carácter nacional colombiano.

Este carácter nacional requiere de un constante fortalecimiento desde los valores que deben ser promovidos como parte del humanismo en la sociedad del país, entendiendo que «en la actualidad, los centros de producción de significados y valores son extraterritoriales, están emancipados de las restricciones locales; no obstante, esto no se aplica a la condición humana que esos valores y significados deben ilustrar y desentrañar» (Bauman, 2006, p. 9). No todo es culpa del mensaje y la carga narrativa, también de la sociedad que es líquida, vista como inestable e individualista. El territorio es también el resultado de su sociedad, cómo lo entiende y cómo lo planea. Esto no pretende restar responsabilidades a los gobiernos, pero sí darle preponderancia al humanismo como una vía para confrontar la inestabilidad sobre la solidificación de identidad, nación y territorio.

Esa inestabilidad permite que la construcción colectiva de identidad se vea permeada por los intereses individuales y minoritarios que se desean imponer, por ejemplo, desde la agenda globalista, ideas que se quieren generalizar y totalizar a la sociedad. Esto confluye en lo

que Bauman asegura sobre que «la polarización tiene enormes consecuencias psicológico-culturales» (2006, p. 118).

Aunque la polarización no es tan problemática, lo que sí puede afectar ese modelo colectivo en un orden globalizado es la radicalización que se da con el fanatismo. Entonces, en el caso colombiano, esa débil construcción de identidad nacional sumada a un proceso de globalización desde narrativas que desdibujan la realidad del país, proponen un reto para la construcción sólida de identidad:

Nos dibujan como una nación de tradiciones casi exclusivamente violentas, mientras subvaloran o ignoran todo un cúmulo de prácticas políticas asociadas con los desarrollos de la democracia liberal, a pesar de su arraigo. Y al alimentar percepciones equívocas sobre la nacionalidad, obstaculizan una mejor integración del país con la comunidad internacional. (Posada, 2006, p. 42)

Se requiere visión histórica, contribución narrativa y social; además, una carga de crítica a los retos de la globalización y aprovechamiento de sus factores positivos. La realidad del mundo no es tan real como se plantea desde lo ideal y lo ideal no es tan alejado en sociedades que abordan su formación desde lo colectivo, por lo que el humanismo intercede para poner en el centro asuntos reflexivos sobre el ser humano, porque «todos los pueblos, como las personas, tienen una conciencia de sí mismos, una imagen de lo que son o creen ser» (García, 2021, p. 121).

El humanismo es necesario ante retos como los contemporáneos, donde se discute sobre cuál es el mejor camino para avanzar como sociedad, sea desde componentes como la tecnología o la confrontación de narrativas que se presentan en los territorios sobre su pasado, presente y posibilidades futuras. Volver a poner en el centro las posibilidades, debilidades, fortalezas y características del ser humano desde su propia realidad es un ejercicio que puede darse desde el humanismo, donde confluyan discusiones que no quieran homogeneizar al ser humano que habita en un lugar, sino posibilitar herramientas de lectura y análisis riguroso, confrontado y situado

en construir y consolidar nación, territorio e identidad desde el humanismo, desde la diferencia y, a su vez, estableciendo elementos objetivos de un país, como es el caso de Colombia.

## Conclusiones

El territorio es fundamental para la construcción y el desarrollo de la sociedad. Las capacidades de un territorio están evidenciadas en sus atributos geopolíticos y en su interacción con la población, por lo cual es relevante que se piense en el territorio como un elemento fundamental de los Estados y del modelo de nación. Para comprender el territorio, desde su adhesión como un aspecto necesario en la nación y en el Estado, se requiere tener en cuenta la identidad como un *ethos* vinculante e integrar factores de pertenencia, y un camino para esto es el humanismo.

El territorio se fortalece desde los conectores identitarios que se han construido a partir de las propias vivencias de las sociedades, y estas vivencias son parte del avance humano de cada sociedad, es la exposición, comprensión y reflexión desde el humanismo propio de cada lugar. Ese humanismo tiene raíces en la comprensión de la cultura, del pasado e historia que vinculan lo colectivo y que debe alejarse de modelos politizantes, tergiversadores o autoritarios. Es un gran acto humano la búsqueda de la consolidación de su territorio desde imperativos humanistas que posibiliten aislar supuestos calificativos que proponen a una sociedad como solo violenta.

La identidad y la nación de cada ser humano aporta al vivir en colectividad, desde la diferencia, en sus necesidades, vulnerabilidades, responsabilidades y aportes a la sociedad. Pero se requiere construir desde perspectivas objetivas sobre qué es un territorio, la nación y como se construye su sociedad, dejando claro qué es aquello que se debe rechazar porque va en contra de la dignidad humana, porque no todo es permitido. Es decir que el territorio se fortalece con la idea del sentirse de *aquí* y hacerse responsable de ese *aquí*.

El humanismo se convierte en un asunto que permite afianzar la idea de identidad y de nación porque cumple con el objetivo de discutir sobre las necesidades y responsabilidades que tiene quien desea convivir en colectividad. El ejercicio es práctico en los territorios, porque el humanismo se adhiere a esa idea de diversidad territorial y a la comprensión del orden social, el cual requiere de compromisos entre los sectores de la sociedad, y de las instituciones para generar un equilibrio entre libertad individual y responsabilidad ante la colectividad.

Esa responsabilidad es un proceso colectivo de constantes aprendizajes en los territorios, en los cuales, ante momentos extremos de violencia, de conflicto armado, de guerra, de intereses y confrontaciones, el humanismo será un conductor del llamado a cualificar el escenario, y actuará mejor en fases posteriores donde la enseñanza prima y se requiera para no repetir aquello que denigró la dignidad humana.

Para el caso colombiano, como una sociedad que ha visto en riesgo su humanidad desde la inseguridad en diversos factores, y que no logra concretar cuál es su valor o característica identitaria como unidad, mantiene ciertos complejos de comprensión sobre la forma más pertinente para salir de tales riesgos. Ante esto, la sociedad se deja confundir fácilmente con discursos desestabilizadores que condicionan o resumen la historia en la violencia como factor identitario. No es Colombia una sociedad netamente violenta.

En la consolidación del territorio colombiano, el miedo o la esperanza se convierten en conectores o desvinculantes de la identidad, constructores o destructores de nación y fortalecedores o debilitadores de territorio. Colombia ha desarrollado un sinnúmero de ideas desde intelectuales, escritores, periodistas o diversos agentes masificadores de narrativas, que han aprovechado la violencia y así mismo la condicionan a un *todo* como vinculante para definir la identidad colombiana. Es un error pensar en que se pueda llegar a la lógica violenta como único factor identitario, desconociendo las diversas posibilidades, características, valores y aspectos positivos que, desde

la humanidad, tiene la sociedad. Y esto no quiere decir que se deje de reconocer la violencia, pero debe darse más vehemencia a los responsables, a lo singular.

La débil idea de identidad en la nación colombiana repercute en su territorio. El contexto colombiano está permeado por intereses individuales o particulares de diferentes sectores que se aprovechan de la debilidad crítica de la sociedad y de las formas de masificación y tergiversación de la realidad a través de herramientas mediáticas. El populismo y las narrativas de desapego a la razón o a los hechos, se centran en la extrema emocionalización de lo que pasa ocasionalmente en Colombia.

De tal manera, el humanismo es una doble vía; primero, para comprender la importancia de la nación, el territorio y la identidad y, segundo, para situar al ser humano en la dimensión de realidad según el territorio, entre responsabilidades y posibilidades para crear colectividades integradas a los complejos escenarios contemporáneos, donde el territorio sigue siendo fundamental.

## Referencias

- Arendt, O. H. (1958). *La condición humana*. Titivillus.
- Bauman, Z. (2006). *La globalización: consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2005). *Identidad*. Losada.
- Posada Carbó, E. (2006). *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*. Editorial Norma.
- Cordua, C. (2013). El Humanismo. *Revista chilena de literatura*, (84), pp. 9-17.
- Frankl, V. (1946/2019). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- García Villegas, M. (2021). *El país de las emociones tristes. Una explicación de los pesares de Colombia desde las emociones, las furias y los odios*. Ariel
- Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Debate.
- Harari, Y. N. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate.

- Heidegger, M. (2000). *Carta sobre Humanismo*. Versión de Helena Cortes y Arturo Leyte. Alianza Editorial.
- Huntington, S. P. (1997). *El Choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós.
- Kelsen, H. (1986). *Derecho y paz en las relaciones internacionales*. Fondo de Cultura Económica.
- Morris, I. (2017). *Guerra ¿para qué sirve? El papel de los conflictos en la civilización, desde los primates hasta los robots*. Ático de los Libros
- Nussbaum, M. C. (2019). *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*. Paidós.
- Sloterdijk, P. (s.f.). Reglas para el Parque Humano. Una respuesta a la “Carta sobre el Humanismo”. *Revista Observaciones Filosóficas*. <http://www.observacionesfilosoficas.net/>
- Sudjic, D. (2017). *El lenguaje de las ciudades*. Ariel.
- Vallés, J. M. y Martí i Puig, S. (2015) *Ciencia Política. Un manual*. Ariel.
- Viroli, M. (1997). *Por amor a la patria*. Acento Editorial.